





ARISTO-CRAZY



Jacques De Haan

ARISTO-CRAZY



Primera edición: noviembre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jacques De Hann

ISBN: 978-84-19595-18-8

ISBN digital: 978-84-19595-19-5

Depósito legal: M-28013-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## DEDICATORIA

Lo primero que pienso al escribir esta dedicatoria es lamentar que no tengo espacio suficiente para agradecer el número de personas que se han cruzado en mi camino alentándome a seguir adelante.

En primer lugar, tomarme la libertad de agradecer a mi madre por haber tenido el tesón y la comprensión de lidiar conmigo todos estos años, que no es poco. Poco a poco te has convertido en un referente para mí pues de ti he aprendido los recursos y herramientas más importantes para caminar por este abrupto sendero que cobra el nombre de vida. Disciplina, trabajo duro, ilusión y ambición son los caracteres que mejor te definen y que espero algún día saber heredar. Me diste una importante lección este año y es que la vida no es una carrera de fondo que se resume en una sola batalla sino la sabiduría para ganar finalmente la guerra. Lo que más miedo me da en la vida es no poder estar a tu altura aunque espero algún día ser igual objeto de admiración a mi manera, con mi estilo. Tú diste el 5º premio en Potes, espero yo ser la sensación esta temporada. Eres la canción que no me aburro de escuchar y compartir en bucle ansiando que tus nietos sepan quién es su abuela y cómo nos educó.

Agradecer a mi padre la paciencia que ha tenido conmigo. Nuestras discusiones han sido y son habituales pero tienen un punto de comedia que yo adoro. Mi padre siempre me inculcó la idea de la benevolencia, en no mirar por encima al resto, en saber

mirar la pobreza con los mismos ojos que se miraría a un duque. Pues no es una cuestión de ser alguien, sino de ser persona. Tus luchas incesantes por tratar de bajarme los pies a la tierra a pesar de cual Perseo de disponer de unas sandalias aladas han sido incesantes pero empiezo a comprender que para ver de otra forma la vida a veces hay que bajar unos cuantos escalones la escalera.

Me habéis criado entre algodones los dos, puede que fuese una fatalidad o un acto de amor, mas en el camino se perdió una persona benévola, sincera y misericordiosa con el mundo a pesar de no haber cosechado buenos frutos siempre.

Tomarme la libertad de dedicar una línea a una de las personas que más admiro. Mi hermano y yo no podemos ser más distintos. Él es un león lleno de vitalidad, fuerza y espíritu propio para lograr todo lo que se proponga. Siempre le vi como una competencia mas ahora sé que yo soy como el leopardo, que no es cuestión de jerarquía sino de competencia. Mientras que el león valiéndose de sus atributos puede con su rugido tomar para sí la sabana, el leopardo, lejos de recurrir al conflicto directo, sube la presa al árbol para eludir el peligro. Igual de respetables ambas técnicas como igual de prójimas son nuestras maneras de ser. Aprende que tus aptitudes no son comunes, no menosprecies el valor de un diamante en bruto.

Dedicatorias a ambas familias mías, una perfecta antítesis de ver el mundo y conocerlo de diferentes ángulos igual de interesantes. Agradecimientos a mi abuela paterna por su dulzura cual miel que nos regala con cada palabra con ese tono cómico que calma la furia de cualquier bestia. También a mis tías que siempre me han regalado cariño, atención y consejos sin contraprestación con la misma dulzura heredada de su madre. La inocencia de mi tía Marta y la sabiduría en las palabras que guarda Inma son objeto de mi devoción. Me tomo la libertad de dedicar un especial abrazo a mi

primo por la lucha personal que está lidiando, mas yo sé que saldrá victorioso.

Igualmente a la familia Pérez por ser un ejemplo a seguir en mi vida en todos los ámbitos. A pesar de la distancia que nos separa, agradezco la atención depositada siempre en mi círculo familiar con el especial detenimiento en mi tía Eva por las atenciones que mi madre no ha parado de compartir este año en lo relativo a mi proceso personal y a sus padres rogándole a todo el poderoso que les siga asistiendo en salud en calidad de padrinos de mi madre. Mucho amor profeso por el cariño que regaláis a mi madre y la ayuda que la brindáis. Habéis puesto el listón muy alto.

En la rama materna, pretendo detenerme en mi tío Rufo por las atenciones depositadas en los últimos años que me ha demostrado la importancia de la naturalidad de las actuaciones que ha de ser complementada con un espíritu crítico y hambriento por el saber. A su vez, mis respetos a mi fallecida tía Marty, una figura que en mi infancia me supo hacer entender que clase y dinero no son sinónimos. Su saber estar a la vez que carácter risueño despiertan en mí una sonrisa por la infinitud de momentos compartidos juntos. Su carácter me ha permitido inspirarme en ciertos personajes, se lo agradezco, era una persona digna de mención literaria, una «aristocrazy» de los pies a la cabeza.

Agradecer también a mi familia de Santander. Mis amigas como L. S, A. C, P. A o M. G por haberme siempre asistido en mis momentos más duros así como haberme aceptado a pesar de conocer la cara más oscura de mi ser. Sois unas niñas llenas de buen corazón al que espero la vida os sepa devolver esa cualidad. Agradecimientos a sus madres (mis tías adoptivas de Santander) por haberme brindado ayuda en este último año de transición que con sus caracteres tan generosos, se profesa la tan buena educación

que han sabido inculcar a sus hijas. Lleno de gratitud, también , al Dr. J.A y R.D. I por haberme ayudado con su trabajo intachable y conocimiento devoto hacia su campo de la medicina que con su noble labor han sabido rencauzarme. Detenerme especialmente en el último, el hombre más sabio e inteligente a la altura de mi hermano con el que he sabido toparme. Una vez en la vida se debería coincidir con un hombre de tan altas cualidades.

Finalmente, agradecerme a mí mismo. No pretendo pecar de altivez ni prepotencia. Vanagloriarme no es objeto de mi crítica, simplemente, recordarme lo que valgo, saber entender que sí valgo y que profeso cualidades aptas. Me he pasado la vida leyendo historia y admirando a escritores, políticos, monarcas y figuras históricas. Creo que es momento de detenerme un rato en mí, que el lector sepa conocer quién es Jacques de Haan y apelar a que la vida me regale aquello que más anhelo: poder formar parte de la historia.

## PRÓLOGO

Se dice que el mundo es un lugar muy grande. Que de mar a mar los sentimientos, la forma de entender el mundo, el cómo está construido es divergente. Un albor nace y gira alrededor de mi estómago hasta conquistar mi mente. Estoy asustado mas esa sensación no cesa. Para mí el mundo es un lugar muy pequeño. Solo conozco el dolor, la fatiga por la lucha de mi interior. Solo quiero conocer la luz, levantarme por la mañana olfateando el olor a mar mientras la brisa se lleva esas tan oscuras sensaciones que me atormentan. Siempre quise conocer esas otras formas de pensar porque quizás en una de ellas hallaría la paz. La paz es un privilegio, la libertad solo los dioses eligen quién ha de poseerla. La libertad en muchas obras que he escrito se basa en el dinero pero empiezo a dudar de ello. Si la libertad es creación divina y el dinero de los mortales, ¿por qué otorgamos a un simple trozo de papel o fragmento de oro tan preciado don? Solo quiero liberarme de estas cadenas. La libertad es muy costosa y no hay mayor ambición que ser libre.

Me siento cual gigante Prometeo condenado por los dioses a tener que cumplir penitencia anclando en una roca devorando águila matutina su hígado día tras día hasta la eternidad. Prometeo fue pecador, engañó y robó la sagrada llama para otorgársela al hombre. ¿Acaso el hombre se merece tal don divino? ¿Acaso Helena se merecía las bendiciones de Afrodita? Los dioses eligen a quién colmar de dones mas a mí me castigan sin haber pecado de forma

alguna. El caos reina dentro de mí, no me cede, me hace cambiar de ser como las dos caras del drama y la comedia de minuto a minuto. Los sentimientos se mezclan dentro de mí sin saber yo cómo reaccionar. Siempre ansié la perfección, Ulises ha sido bendecido como como un semidios y yo aspirando a alcanzarlo, me di cuenta de lo indómito que es esa condición de él.

Solo ansío surcar los mares. Conocer algo más detrás de estas cuatro paredes, en ellas me siento recluso en cuerpo y alma. Un cuerpo que me engaña, que me miente, que juega con mis sentimientos. Siempre admiré la belleza de Helena pero Afrodita se olvidó de mí. Espero que estos deseos por alcanzar tan ansiada figura no desaten una guerra de Troya.

El mayor dolor que padezco con mi cuerpo no es el sentir que no me pertenece sino saber que me pertenece. Las abominaciones que he completado en mi ser son tantas para ansiar la tan esperada metamorfosis. Una vez lo logré pero un sequito de gárgolas se abalanzó sobre mí. Me privaron de esa figura que tanto sudor, esfuerzo y fortaleza psicológica me había costado alcanzar.

El trastorno es como una plaga que se apodera de tus sentidos. Nubla tu juicio, hace que el tiempo transcurra más lento de lo normal como si una fuerza quisiese martirizarnos gratuitamente. Precisamente, esa gratitud es la que se da a la gente que fingen quererte. Se piensan que existe solución alguna, que por arte de magia todo va a cambiar pero con las innumerables caídas que he recibido en mi vida, sé que no va a cambiar nada. Solo pido al cielo para la situación no se agrave. O quizás, ¿he de yo tomar las riendas de mi vida para dejar que esas gárgolas persistan en traumatizarme? ¿He de yo agarrar el cetro del poder finalmente?

Mi vida carece de sentido. Las fuerzas y los deseos se extinguen a cada exhalación de aire que doy. Solo existe una emoción dentro de mí: el miedo. Maldigo al que me alistó en esta guerra de la que no decidí formar parte. Yo jamás tomé partido en ella y menos decidí que este fuese mi destino. En mi vida he perdido el norte, o peor, han sido unos vientos los que me han hecho perderlo. ¿Acaso la vida tiene sentido?

No solo anhelaba dinero y poder que eran mi droga para defenderme. Soy como el Rey Midas todo lo que toco lo convierto en oro pero ahí radica mi adicción, el peso de dotar a la balanza de tanta importancia a ese atributo. Siempre ansié poder, puede que fuese por la aparente inseguridad de las cadenas que me ataban incapaz de perseguir mis sueños. Ser embajador, viajar por el mundo, conocer y aprender de la cultura de gente nueva... esos eran mis sueños.

Dicen que la moda es algo banal, carente de estigma solo de connotaciones superficiales. Siempre fui un gran amante de los grandes maestros desde Michelangelo a Rubens pasando por Velázquez. Es exactamente lo mismo, mecenazgo, plasmar en una tela, cuero o piel una idea. Dior, Gucci, Balenciaga, son los nuevos genios de las creaciones. De Hermes aprendí el valor de las materias primas cual Miguel Ángel que de mármol requiere para esculpir *La Piedad*, de Gucci el diseño clásico con un toque vanguardista cual Monet, y de Balenciaga la ruptura a la regla cual Picasso. La gente que no valora este noble oficio es simplemente ignorante.

Envidiaba a Helena de Troya pues para mí la belleza es crucial. Es un don, un atributo para amansar el fiero carácter de las bestias que se esconden en las calles. Obtuve esa ansiada figura por circunstancias de mis entrometidos padres y esos monstruosos médicos cual gorgonas me despojaron de mis relucientes pieles. La verdad es que mis métodos son infalibles y nadie se fía de ellos. En fin, *c'est la vie*.

Un sabio siempre dijo que el suicidio no era por odiar la vida sino por odiar los males que nos la engendraban de dolor. Yo adoro el dinero, sé que me produce dolor no tenerlo pero mi amor hacia él es superior. Como lo es la confianza que me arroja, el énfasis que me provoca como si una raya de cocaína hubiese ingerido. Siempre hablé de mis cuatro pilares: belleza de Afrodita, el poder de Zeus, el dinero de Hermes, y la inteligencia de Atenea. Pero mi templo griego se ha desmoronado. Me siento atrapado en un laberinto que es la enfermedad del que no puedo salir ni con un hilo de oro que me indique el camino. He pasado por los mejores especialistas y ningún resultado ha habido.

Por último, merecemos hablar de lo relativo a la inteligencia. Siempre destaque, pues soy un genio incomprendido. Las decisiones nefastas de mis padres de seguir un camino que no me precede me han generado ansiedad, malestar y lo más importante, problemas de identidad. No luchaba por aprobar sino por contentaros y eso ha sido el error de mi vida. La lucha de la supervivencia por tener contentos a padre y madre como si una guerra púnica fuese cada nuevo test. Creo que el conocimiento ha de ser elegido en función de la persona, no impuesto por un tercero. No envidio a Pablo por ser más listo, atlético, temperamental que yo... Sino que le admiro de veras. Hay muchos billonarios, científicos y hombres de historia que he admirado pero mi hermano es mi mayor ídolo. Tengo un sexto sentido para diferenciar lo que tiene valor. Así como ser discernir cuando un bolso es el apropiado, sé que Pablo logrará grandes cosas, será un gran hombre admirado por las masas, billonario y sin la necesidad de recurrir a tus recursos, madre. Una cosa, Pablo, no eres un semidios como Perseo, los dioses no estarán siempre, has de seguir tu propio instinto y por lo que conozco del tuyo, es el apropiado.



Finalmente entendí que mi condición de noble podría ser una enfermedad heredada que se apodera de tus emociones y las confundiese, como si fuesen palancas que se giran una y otra vez. Felicidad o desasosiego, no hay término medio. Tomé la decisión porque la vida es un instante. ¿Por qué he de sufrir ese instante? ¿No debería alcanzar la paz y la calma? Sufrir de manera gratuita y consentirlo es encarcelar a una persona para contentar necesidades propias. LA VIDA ES MUY CORTA, HAY QUE VIVIRLA COMO UNO QUIERA, CON INTENSIDAD PARA QUE CUENTE Y SINO, NO MERECE LA PENA



Nos guste o no, vivimos en una era de aristócratas, gente con poder en una sociedad en la que, por muy ilusorio que el disfraz sea de que todos somos iguales y de que la libertad y el libre desarrollo de la personalidad forman parte de nosotros, la esencia y el mero hecho de poder compartir cómo nos sentimos no va de acuerdo con la aristocracia.

La aristocracia es poder, opulencia, consumismo, ser incoherente y actuar de acuerdo con lo que es mejor visto de cara al público, es como si se tratase de una película en la que cada uno debemos interpretar un papel, pero no uno que se ha gestado en un guion por un ocurrente escritor, sino un rol que viene impuesto desde el primer momento que sales al mundo y empiezas a llorar. A partir de este momento, no hay marcha atrás: sigues este guion o explota todo por los aires, no existe un término medio en el mundo aristocrático.

La aristocracia no es una creación artificial ni espontánea. Siempre ha existido: en la antigua Roma con los emperadores, en Egipto con los faraones y desde hace tiempo en España encarnada por esos nobles empresarios de éxito cuyos favores el rey les concedió en un momento lejano y desde ese mismo momento se han valido como si fuesen unos bendecidos por el Altísimo con el fin de encarnar el espíritu de la sociedad y, por tanto, su mando. A primera vista, puede parecer que nacer en este círculo es una bendición que a muy pocos les ha sido concedida, pero como toda moneda, tiene dos caras: una que encarna el poder de adquirir lo que quieras y la otra, el no poder decidir por ti mismo, vivir recluido en una cárcel bien adornada como si fueses un prisionero condenado a cadena perpetua sin haber cometido delito de índole alguna.

Las cosas tienden a cambiar, resulta ineludible tratar de disuadirnos a nosotros mismos de que el cambio no forma parte de nuestra vida o de la sociedad cuando es algo que, quieras o no, terminará ocurriendo. Los privilegios siempre han existido; antes se basaban en dejar que una persona fuese tratada como un dios, en no pagar impuestos o explotar al prójimo como un animal de carga por el mero hecho de no haber nacido en el seno de una familia rica. Ahora esos privilegios se basan en la oportunidad: la oportunidad del fraude, de manipular, de vestir de diseñador, de ser más conocido por tu apellido y por tu perfil en Instagram que por cómo eres en verdad. Pero, al fin y al cabo, no dejan de ser privilegios el poder levantarte y elegir de tu armario bien un Balenciaga si quieres ser esa mañana más informal o un Tom Ford si lo que buscas es la excelencia; viajar a cualquier lugar del globo en cualquier momento desde las vírgenes playas de Tailandia hasta pasar las Navidades en Suiza o elegir si dejar que el IVA se deje caer bien en Bond Street, en Kurfürstendamm o en HKG Central.

Parece injusto, y lo cierto es que lo es. Tan injusto como resulta la idea de que vivimos condenados en un mundo en el que nuestro posible destino y desventura están trazados desde el momento en que nacemos. Si nos paramos a pensar, una persona es culpable cuando comete un hecho que reviste un carácter delictivo, como un asesinato o un robo, porque socialmente está mal visto. En este punto, la moral y la ética intervienen como policías que en coche patrulla nos indican que eso está mal, pero, si nos paramos a pensar, qué culpa tiene un inocente niño de nacer en un sitio lleno de pobreza y miseria sin poder acceder a unos recursos mínimos y una educación y qué culpa tiene una niña de nacer en un lugar donde su destino ya ha estado trazado con hierro en sus carnes y su alma vendida a sus predecesores ante la incapacidad de no poder ser ella misma, expresarse ni decidir como ella desea.

Es un mundo de ilusiones en donde la apariencia vale más que la esencia, donde el poder y el dinero están por encima de cualquier otra cosa y en donde la opinión de una sola persona puede ser más pesada que todo lo que se mueve a nuestro alrededor, que no es poco. Para mí, nunca fue fácil, las opiniones siempre han sido más pesadas que una tonelada. Nací bendecida, algunos dirán, pero lo cierto es que lo concibo como una condena en donde cual titán Prometeo, quien fue castigado por Zeus a que su hígado fuese devorado por un águila cada día, yo estaba condenada a tener que cargar con esa tonelada de opiniones y deseos todos los días, reconcomiendo a mis pulmones ante la imposibilidad de poder respirar con serenidad, mi corazón teñido por una tinta negra que obstaculizaba la fluidez de la sangre que recorría mis arterias y mi cerebro víctima de la ansiedad y el estrés en donde el pobre vivía condenado a eludir la realidad con estar marginado a pensar en el futuro.

Así es. En este caso, soy una de las habitantes que tienen el *privilegio* de haber nacido en este mundo aristocrático. Soy Carla Ortiz de Perdigaliz, una chica que, para bien o para mal, he nacido en una de las familias más opulentas y ricas de España, los Perdigaliz, bien relacionados con todo el que es alguien en esta sociedad. Nuestra fortuna provenía de sus negocios textiles, empresas de telecomunicaciones y grandes inversiones en la bolsa. Desconocíamos si el origen de ella fue de pactos con una criatura maligna o con personas de la talla del dueño de *ese supermercado* o de relaciones insidiosas con M. P. en el momento en el que ese banco era el más importante de España.

Lo cierto es que poder y dinero no eran algo que se escapase de los lados, pero conservarlo se vuelve al final, en la meta a la que tratas de aferrarte, como el fin de no perder tu identidad. Esa lucha constante por conservar mi estatus como grande de España y objeto de todas las miradas ha sido la que me ha llevado a la situación

en la que me encuentro ahora: hice pactos con personas despreciables, me dejé llevar por el mal camino, dejé que el mismísimo Satanás se convirtiese en el dueño de mis decisiones.

Jesucristo, más hábil y perspicaz que una servidora, no dejó que el diablo se apoderase de su voluntad en el desierto, pero conmigo fue todo al revés. Este último año, he jod\*do, manipulado, coaccionado y me he pasado las buenas costumbres por debajo de la falda. Es por eso la situación en la que me encuentro ahora, un caos absoluto en donde vivo en un tártaro existencial a la espera de que mi alma se purifique, si todavía, claro está, queda ápice de esperanza para ella.

Mis necesidades y miedos por perderlo me hacían aferrarme a ese hierro incandescente con el fin de que quedase grabado en mi piel sin que hubiese acontecimiento o ser capaz de despojármelo, llevándome este último año a tener que cometer las mayores de las atrocidades, saltarme la ley y convertirme en un auténtico monstruo solo con el fin de que ese privilegio no deje de estar en mis manos. No pienso hacerlos *spoilers*, mis queridos lectores, solo os diré que, para cuando este año haya acabado, esto habrá terminado siendo como la Roma de Nerón, ¡un caos absoluto en donde la destrucción y la erradicación han consumido todo a su paso! ¡Nadie habrá podido huir a las colinas para evitar esta hecatombe! Inclusive a los que me rodean y donde la sangre corre y emana como si un río se tratase. Pero, me repito, nada de *spoilers*.

Mi familia tampoco me lo puso nada fácil; tener que estar sometida a tanta presión, que no me dejaba que ni un sorbo de oxígeno me entrase a mis pulmones, era una de las razones fundamentales que me han llevado a convertirme en una Hécuba sin igual. Los Perdizalíz, para bien o mal, tendrán títulos y riquezas, puede que la familia te la dé Dios pero, aun y a mi pesar, creo que no fue muy generoso a la hora de asignarme una. Culpabilizarlos de mis

actos no sería proporcional ni justo, puede que ellos sembrasen la semilla de la discordia en mi ADN, pero, al final, la que ha apretado el gatillo y corrompido a todos he sido, única y exclusivamente, yo.

Enfrente de todos ellos está mi abuela Odette Ortiz de Perdigalí, la matriarca, la más poderosa de todas ellas, que controla a cada miembro de mi familia como si de un engranaje se tratase, de tal modo que aquellos que no sigan sus deseos están condenados a ser repudiados y deshonrados, que en la jerga moderna viene a ser que te dejen de hablar y te corten las visas, sinónimo de destierro en este mundo. Lo cierto es que la relación que tenía con mi abuela podía llegar a resultar como una droga en donde su aprobación para mí me saciaba momentáneamente, pero luego, tras haber logrado algo, mi mente y mi cuerpo estaban entrenados para seguir actuando, moviéndose con subconsciente propio con el fin de satisfacer sus deseos cada vez más y más laboriosos de contentar. Mi abuela, en el fondo, es la persona a la que más quiero y a la que más admiro; bien cierto es que para ellos puede parecer un monstruo sin corazón ni alma, pero en el fondo la quiero con locura, es como si la hubiese endiosado, siempre tan correcta y tan rígida cual roca ante cualquier situación, pero manteniendo la fluidez del agua para hacer frente con sangre fría a cualquier desventura o situación con el fin de escaquearse cual zorro que escapa de una madriguera prendida de fuegos por unos hábiles cazadores a fin de que salga, pero, para su desgracia, el astuto animalejo salía indemne.

En el fondo eso es lo que admiraba de mi abuela y lo que me había inculcado: a mantenerme fría en todo momento, bella, inteligente y, sobre todo, lograr todo a cualquier precio, caiga quien caiga y cueste lo que cueste. Mi abuela siempre decía lo siguiente, que se convirtió en el dogma de mi vida:

—Las mujeres nunca lo hemos tenido fácil, Carla, pero en los círculos donde vivimos se acentúa más y es precisamente por eso por lo que debemos poner siempre los ovarios sobre la mesa, per-

míteme la expresión, día tras día, en todo momento, de tal forma que pesen más que los testículos de los hombres.

Mi abuela no paraba de repetirme esto desde que era una jovencita. Esa, al fin y al cabo, era la mayor proeza de mi abuela, salirse siempre con la suya, tener el poder absoluto y, lo que es más importante, la decisión y el tesón para perpetuarlo y aumentarlo.

Siempre tuve a la abuela Odette como la meta, el tipo de persona que quería ser, pero en el fondo sabía que las artimañas a las que recurría para preservar ese estatus, ese poder, no eran del todo benignas. La abuela tendría muchas proezas, pero la piedad y la misericordia no eran atributos de los que disponía. Con Odette tienes dos opciones: o sigues su voluntad firme sin mirar atrás dejando un lecho de cadáveres o la *vendetta* que te espera es peor que una tortura eterna. Es por eso por lo que esa búsqueda de poder y alcanzar ese ideal de ser la perfecta marquesa me han llevado a estar con las manos manchadas de sangre y el alma más podrida que cualquier toxina. Os diré una cosa, mis queridos lectores, estoy condenada a pervertir y destruir hasta los cimientos todo lo que toco, así que andad con cuidado con esta marquesa si queréis salir indemnes.

Ser aristócrata parece fácil, total, lo único que tienes que hacer es hacerlo todo bien, ir impecable de arriba abajo como si se tratase de un cuadro de Velázquez y tener un trabajo de alto funcionario o de una empresa multinacional en el que ganes, como mínimo, 6.000 euros al mes sin tener en cuenta el patrimonio familiar... Y eso es lo primero, luego llegan unos estudios exquisitos e immaculados en una universidad de prestigio que suene tan pija como decir Harvard (a ser posible algo que tenga reputación social, porque en este indeseable mundo no estudiamos por el mero hecho de tener cultura y sintiéndonos satisfechos con nosotros mismos, sino una carrera que, aunque no nos termine de gustar, tenga renombre



o positivas connotaciones sociales ), saber hablar varios idiomas (el inglés y el francés se dan más que por hecho, no os confundáis, me refiero al árabe, el alemán o el mandarín ), tener la facilidad para desenvolverte en sociedad, pero no solo el saber beber vino y posar, me refiero a ser capaz de mantener conversaciones con todo el mundo de tal forma que siempre des una respuesta que no deje el menor ápice de mal sabor al que la recibe, con el fin de que no se sienta en ningún momento incómodo por tu compañía.

Me imagino que estaréis perdiendo los horizontes con lo que os estoy contando, mis queridos lectores, y pensareis: «J\*der, qué agotador tiene que ser vivir así», pero la triste realidad es que se pone todavía mejor: uno o dos másteres (MBA, como se dice en la jerga anglosajona o el mundo aristocrático) en una institución a ser posible de habla inglesa o francesa y que salga continuamente en una serie de adolescentes trepas con altas expectativas universitarias, tener un inmueble en un barrio de renombre en la ciudad en la que vivas (si vivís en Madrid, Salamanca o Conde de Orgaz, si vivís en Barcelona, Pedralbes o Les Tres Torres, si vivís en Londres, Chelsea o Belgravia, si es en Nueva York, el Upper East Side, por favor, ¿entendéis la lógica?) y luego llegan las parejas de ensueño, da igual que sea hombre o mujer porque, gracias a Dios, la homofobia y el racismo pasaron de moda en el mundo aristocrático, como en la mayoría de la sociedad, porque aunque sea un mundo ruin, no tenemos por qué permanecer en el Pleistoceno, lo único, eso sí, que tenga fortuna y/o apellido, porque buscar pareja en este mundo es igual que ir a comprar un purasangre. Y bueno, en resumen, se trata de esto y un sinfín de cosas más que no se me vienen ahora mismo a la cabeza, pero que en el momento preciso sabré si es lo que me conviene o no.

Parece sencillo, ¿no? Tranquilos, es ironía. Una servidora tampoco tuvo buenos ejemplos en su vida, lo que me ha llevado hasta donde estoy ahora, porque, al fin y al cabo, como Freud perspica-

mente se percató, la infancia juega un papel crucial en nosotros mismos, en quiénes somos como personas. Es difícil aceptarlo, pero la realidad es así, es como si a lo largo de esos primeros años te programasen para lo que vas a ser potencialmente como persona, por ello el entorno en el que te crías es crucial, pero, francamente, desconozco a día de hoy si mi entorno resultó beneficioso o contraproducente, como veréis. Me crié en un ambiente donde se concebía el sentimiento como una debilidad y las ansias de triunfar como el pan mío de cada día., pero no os confundáis, que en mi familia no todos cumplían los propósitos de la lista de arriba abajo.

Por ejemplo, tenéis a mi madre, Federica de Perdizgaliz, hija de Odette y desheredada por ella fruto de sus decisiones. Federica, al igual que Lilith, había sucumbido al amor carnal, al amor desinteresado, ese amor de película de cuento de hadas que, aunque en la gran pantalla nos resulte idílico, de cara a la sociedad podríamos decir que no juega buen papel en la *fórmula*, como ahora os adelantaré. Sinceramente, no sé qué es peor, si un tirano que quita la vida a miles de personas en un santiamén ahorrándolas dolor o un hombre que a través de obras de ficción trata de idealizar la felicidad y el amor de manera tan esperanzadora que lo que hace es ir quitándotelos día a día, aumentando cada vez más tu dolor y tu desasosiego; sinceramente, desconozco quién es más ruin, así que, para no errar, les colocaré en la misma posición.

La *fórmula*, como os decía, por así llamarlo, es la conjugación o fusión que se crea cuando dos ricos herederos encarnan el matrimonio y fruto de esa pareja nacen unos hijos destinados a proseguir con la saga familiar con una fusión de apellidos tan armoniosa como las propias sangres que lo unen. Un ejemplo claro sería el siguiente: ¿qué queda mejor: García Martos de Jovellanos o Prado-Núñez Martos de Jovellanos? La respuesta es evidente: cuanto más largos sean tus apellidos, cuantos más guiones o preposiciones «de» tengan, significa que esa unión es la correcta, y la sangre

no ha de fusionarse con apellidos tan cotidianos como García o González, con respeto hacia aquellos que los portan. La realidad es esa, un apellido ha de sonar tan comercial o exclusivo como una marca de lujo y lo cierto es que la dinámica es similar: una marca de lujo cuida su imagen, su exterior, de manera tan perfecta como lo hacemos los aristocráticos y por el interior, no solemos preocuparnos, excepto por los genes, los cromosomas. Es como el cruce de purasangres a fin de que el vástago engendrado sea mejor que los padres. Al fin y al cabo, la genética es una realidad, así que, en este caso, el amor no existe, solo una sinfonía armoniosa que nos haga mostrar una imagen inmaculada.

Mi padre, Tristán, sin embargo, quitando su inteligencia, no pertenecía a nuestro mundo, pues era un buen hombre: sagaz, cariñoso, humilde y trabajador, proveniente de una familia humilde de ganaderos de un poco conocido valle agrícola y que había llegado a ser un gran funcionario con el tesón de su espalda, el sudor de su sangre y la fuerza de poder darle un mejor futuro a su familia, que tantos esfuerzos había depositado en él. No digo que detestase a mi padre, pero lo cierto es que en este mundo se movía como pez fuera del agua. Mi abuela lo sabía y cada vez que le veía se podía apreciar en su rostro esa mirada de recelo y vanidad que daba a entender que no era lo suficiente para su hija. Si os preguntáis, pues, cómo conseguimos introducir ese mueble que no iba a juego en nuestra casa, todo se lo tenéis que achacar a mi querida madre, Federica, a la cual el amor le pudo más que la razón. Mi madre era una mujer caprichosa que siempre se había criado en la máxima opulencia rodeada de relojes suizos, abrigos de diseñador hechos a medida, las mejores escuelas y la atención constante de su padre, Carlos, que en la familia era innombrable por el real decreto de Odette. El motivo todavía no se sabe, pero posiblemente la matriarca guardase sus propios secretos. Siempre pensé que debía tratarse de algo escandaloso, como una infidelidad o una traición, pero lo cierto es que dudo que me enterase, pues mi abuela siem-

pre se encargaba de que su cajón de errores quedase sellado y a buen recaudo, cuales secretos de Estado.

Como iba relatando, Federica era la repudiada: tenía concertado un matrimonio con un poderoso heredero, Jacobo Prado-Sainz, el cual provenía de una familia de poderosos navieros que habían hecho dinero con sus exportaciones en América Central y Sudamérica en los tiempos en los que reinaba Alfonso XII de España, por parte materna, y por parte paterna, era hijo de duques, ni más ni menos, la cumbre de los títulos nobiliarios. No obstante, Jacobo no fue el único de sus pretendientes antes de Tristán, pues le seguían tórridos romances con sobrinos del dueño de ese banco con nombre de ciudad portuaria, herederos de gente que había hecho dinero en Venezuela o noches de pasión alimentadas por el alcohol en el yate del hijo de R. M. Federica, desde luego, había decidido dejar atrás eso, especialmente la noche en ese barco donde acabó en el agua habiéndose jurado desde aquel día dejar el alcohol, no solo por su patética caída a las aguas, sino por la mano que la recogió con el fin de volverla a subir al barco, pues era la de J. B., quedándose la cara con tal espanto que hubiese preferido quedarse a remojo y dejar que las olas se la llevasen hasta la playa más cercana, siendo arrastrada hasta filosas rocas en donde el golpe de las olas harían aterrizar su cara, golpe tras golpe, hasta alcanzar la muerte con el fin de no ver el rostro de deshonra de mi abuela. No era para menos, pues lo que planeaba mi abuela era unir a través del matrimonio a dos de las familias más acaudaladas y ricas de España. Parecía la unión perfecta entre realeza empresarial, mas una lástima era que mi madre, Federica, se reservara otros intereses para ella.

Federica había decidido poner por encima del linaje el amor y esa lección será a la que yo, Carla, tendré que enfrentarme desde que empezase a saber lo que es el amor, lo que es la lujuria y, lo más importante, qué es lo correcto. Aunque desde luego que no tendré la libertad de la cual me hubiese gustado disponer, pues la sombra

de mi abuela, cual cuervo, se cierne sobre cada decisión que tomo en la vida, desde qué zapatos ponerme hasta con quién hago el amor. La abuela Odette siempre había defendido que con nuestro cuerpo y nuestros impulsos podíamos hacer lo que quisiésemos, sin tener en cuenta si nuestra pareja es de abolengo o no, pero siempre en las más profundas de las oscuridades permaneciendo como secretos sepulcrales, en otras palabras, «Usa a los pobres para alcanzar el clímax, pues una cara bonita las reparte Afrodita al azar, pero recuerda que son herramientas y no iguales a ti». Mezclar sangre noble con sangre cotidiana es como mezclar ácido sulfúrico y el amoniaco, es decir, una explosión.

Parece utilitarista lo que trato de poner encima de la mesa, pero la cruda realidad es esa. En la aristocracia, no podemos permitir que nuestros sentimientos nos nublen, es muy difícil, por no decir imposible, conjugar tanto poder con cosas tan banales como los sentimientos. ¿O acaso me equivoco? Seréis libres de opinar, pero mi abuela, si algo me enseñó, es que los sentimientos son un veneno. Te nublan la razón invitándote a actuar impulsivamente sin pararte en ningún momento a pensar en las consecuencias que pueden gestarse con tus actos, pero una cosa está clara: las consecuencias se masifican e implican pérdidas deplorables.

Por último, está mi hermano, Bosco, el perfecto hijo: inteligente, equilibrado, diligente, nacido con una maestría nata para el deporte, el ajedrez o el piano. Es el hijo que todo el mundo desea tener y, al mismo tiempo, uno de mis mayores temores: si quería disponer de la oportunidad de aspirar a ser la futura heredera del título, tenía que tratar de mantener a Bosco lo más alejado de la presencia de la abuela para que no se ganase sus favores. Bosco y yo, lejos de compartir la tan convencional relación de hermanos, en donde nos apoyamos haciéndonos de sustento el uno al otro, tratábamos de derribarnos desde pequeños como si fuésemos pilares al que cada uno estaría dispuesto a tratar de romper su base

con el fin de desmoronarse. Mendigábamos minutos de atención como una paloma migas en el parque, estando dispuestos a obrar y tratar de destruir al otro con el fin de alcanzar una posición, por un momento, en la cima del podio.

Las relaciones entre hermanos son complicadas: algunas están llenas de amor incondicional y complicidad, otras, como es el caso, es una lucha constante por tratar de mantener el foco en ti. Bosco parecía un ser perfecto, como si los mismísimos dioses hubiesen tratado de esculpirlo a su imagen y semejanza, por tanto, ante esa tesitura, iba a ser muy difícil deshacerme de la sombra que había decidido hacer de mí en la familia. Ya os lo digo, no era la clásica relación de hermanos, era un engendro que podía despojarme de todo mi poder en cualquier momento, una amenaza, una plaga capaz de cegarme y subsumirme en la oscuridad y, como tal plaga, había que erradicarla.

Lo que más odiaba de Bosco no era otra cosa más que el hecho de que iba de caballero andante, de alma pura, cuando sabía que era más peligroso que yo y que no titubeaba en emplear las mismas armas de fuego arrojadizas con tal de mantenerme en el vilo de la sombra. Un perfecto cínico e hipócrita, qué duda cabe, tendremos que andarnos con ojos con él. Y eso solo es el comienzo, tiene ese complejo de rico culpable que no quiere entrar en el mundo de la extravagancia ni dejarse mostrar pavoneándose cual pavo real como otros hacemos: no recurre al lujo, al alcohol, a la excentricidad. Oculta tras una máscara de inocencia un ser sediento de poder por destronar a la abuela y eso ella lo sabe: Os aviso, es un lobo con piel de cordero.

Al final, la balanza siempre termina inclinándose hacia su lado y por una simple razón, que no es otra que porque en esta familia somos activos. Un activo comúnmente puede ser una casa, un coche, una cotización en bolsa, un negocio, en este caso, dado el

impecable historial de Bosco y lo lucrativo que puede resultar para el porvenir del apellido, la abuela, a diferencia de conmigo, decide hacer la vista gorda con su insolencia y pasotismo.

Yo era una bella joven de cabellos castaños con matices rubios y ojos verdes cual esmeraldas que había sido bendecida por las mismísimas diosas griegas Afrodita, Atenea y Hera: bella, capaz de hechizar a cualquier hombre sin necesidad de recurrir a su extracto de tarjeta, sino con una simple y pura mirada, e inteligente y calculadora como la mismísima Atenea, pues como la diosa de la estrategia, yo era experta en medir los tiempos y en saber cómo actuar y tenerlo todo bajo control siempre. Esa es la clave, ser fría, anticiparte a los problemas y superarlos a la primera con sobresaliente. Por eso era la preferida de la abuela y no mi hermano Bosco, el cual era aún más rapaz que yo, pero Afrodita, en este caso, no le había bendecido y mucho menos Hera, de la que no hemos hablado.

Hera era la esposa de Zeus y encarnaba todo el poder; no se puede decir que siempre tuviese el poder, pero mi meta era alcanzarlo, fuera cual fuera el precio que tuviese que pagar, en otras palabras, era una adicta del poder, como lo es un drogadicto de cualquier estupefaciente, estaba obsesionada con perpetuar el linaje de mi familia y ser alguien importante en la sociedad, aunque ello significase vender mi alma al diablo (aunque lo cierto es que no sé si se la vendí a mi abuela, a Gucci o nació ya comprada). Era una obsesa por el control, todo tenía que salir según mi voluntad y obtener siempre lo que quería, aunque bien cierto es que mi inseguridad y buenos sentimientos o, al menos, puros y genuinos, anidaban en las entrañas del fondo de mi ser y precisamente eso era lo que me ha llevado a la situación en la que me encuentro actualmente y que procederé a relatar.

